

quinientas, lo que era, en verdad, muy poco; pues los gastos necesarios para la fundación fueron tales, que bien pronto—dice la Madre de Chantal—nos vimos casi obligadas á mendigar. Sin embargo, esto no nos entristecía, porque estábamos llenas de confianza en Dios, á quien nos habíamos entregado.

Dios, en efecto, cuidaba de la Visitación naciente de Lyon, como había cuidado de la naciente Visitación de Annecy. Un día en que las Hermanas no tenían más que cuatro ó cinco sueldos, y no sabían de dónde sacarían para comer, en el momento de ir á Vísperas llamaron á la puerta, donde encontraron á un hombre bastante mal vestido, que preguntaba por la Madre de Chantal, y habiendo bajado ésta, la puso en las manos un rollo de dinero envuelto en un papel bastante puerco, diciéndola por todo recado: «Rogad á Dios por quien os envía esto.» La bienaventurada fué á Vísperas sin abrir el papel, que creía contendría sólo algunos cuartos. Después del Oficio, y en presencia de las Hermanas, desenvolvió el paquete y encontró ochenta escudos. Otro día se habían entretenido las Hermanas en la recreación, hablando de su deseo de tener una buena custodia para el Santísimo, y la Madre de Chantal dijo riéndose, que en cuanto fuese rica compraría una de plata; y en seguida llamaron á la portería, y un hombre, que no quiso decir quién era, les entregó una muy buena (1).

No obstante, dificultades mucho más serias principiaban á inquietar y preocupar á la Madre de Chantal. Al establecer su Instituto, había hecho San Francisco de Sales una cosa que hoy nos parece muy sencilla, pero que entonces era muy ardua: había suprimido la clausura. Las religiosas, que hasta entonces no habían visto el mundo, y que desde la Bula de Bonifacio VIII

(1) *Memorias manuscritas de la fundación de Lyon*, pág. 59.—*Vida de la señora de Auxerre*, pág. 39.—*Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 160.

vivían escondidas detrás de impenetrables rejas, quiere el Santo Obispo hacerlas salir del claustro para que, como Madres, vayan á los graneros y á las bohardillas, y visiten y socorran á los pobres enfermos. Esta sola idea espantó al Ilmo. Marquemont. Creía que en Lyon y en las demás ciudades de Francia la visita á los pobres no podía continuarse sin peligro; y por otra parte, una vida tan pura y tan interior, le parecía que no debía quedar en la categoría de simple Congregación, sino que debía tener la dignidad de Orden religiosa, y por consiguiente, completa clausura; porque imaginar una Orden religiosa de mujeres sin clausura, ni siquiera se le había ocurrido. Prohibió, pues, á las Hermanas visitar á los pobres, les mandó provisionalmente que guardasen clausura; y como el nombre de la Visitación nada significaba ya, no visitando á los pobres, manifestó el deseo de que la casa de Lyon se llamase desde entonces de la Presentación.

Sumamente contrariada con esto la Madre de Chantal, escribió á San Francisco de Sales para preguntarle lo que debía hacer. Por su parte el Cardenal de Marquemont le escribía también, rogándole le admitiese á su santa amistad del modo que lo hacían los antiguos Obispos, que no tenían más que un solo corazón y una sola alma, y que por la reciproca comunicación de las inspiraciones que recibían del cielo, se ayudaban mutuamente á llevar sus cargas; y concluía prometiéndole ir muy pronto á Annecy, para verle y exponerle sus ideas.

El Santo Obispo de Ginebra no creyó que debía dejarse prevenir en cortesía. «El Ilmo. Sr. Arzobispo de Lyon—decía—es el primero de los Obispos de Francia, y yo soy el último de Saboya.» Y partió al instante para Lyon. Los dos Obispos conferenciaron largamente, sin poder ponerse de acuerdo; el Ilmo. Sr. de Marquemont no podía concebir ni oír hablar de una Orden de muje-



res sin clausura, y ocupadas en visitar á los pobres. San Francisco de Sales, á pesar de su admirable condescendencia, sentía mucho renunciar á una obra que le parecía remediaba una de las mayores necesidades de la época.

Por lo demás, esta diferencia de opiniones no alteraba la santa amistad de los Prelados. El 2 de Julio del año 1615, fiesta de la Visitación, vinieron los dos Obispos al monasterio, donde la señorita Jerónima de Villette, parienta de San Francisco de Sales, iba á tomar el hábito. El Cardenal ofició solemnemente, y el bienaventurado predicó, y con el rostro inflamado y lleno de santo celo, dijo estas palabras, muy celebradas entonces: «Que nunca entraría en la Visitación ninguna que no hubiera recibido en su corazón una secreta visita de la sagrada Virgen María, Madre de Dios.» Sentimiento que quedó tan profundamente grabado en el corazón de este bienaventurado, que queriendo hacerle inmortal y transferirle al corazón de sus hijas, le escribió después en las Constituciones» (1).

Tres meses después, el 20 de Octubre de 1615, el Ilmo. Sr. de Marquemont devolvió su visita á San Francisco de Sales. En ella se habló largamente de la Orden naciente, de la forma que debía dársela, de la clausura y de la visita de los pobres. Pero el Ilmo. Sr. de Marquemont, á pesar de ver con sus ojos las maravillas del monasterio de Annecy, estuvo inflexible, y de vuelta á Lyon, continuó prohibiendo á las Hermanas salir de casa, y las volvió á mandar no visitasen nunca á los enfermos.

Para apoyar y hacer triunfar sus ideas redactó una Memoria muy sabia y muy curiosa, inédita hasta ahora, y de la cual importa mucho conozcan nuestros lectores las principales ideas. La Memoria principiaba así: «El

(1) Constitución XXXIII, de la Directora.

Cardenal de Lyon ha notado en el Instituto de la Visitación lo que sigue, y suplica al Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra con toda humildad que considere y haga con su prudente, docto y sabio juicio una caritativa reflexión, después de la cual todo se somete con entera dignidad á su censura.»

El Ilmo. Sr. de Marquemont notaba primero que no siendo la Visitación más que una simple Congregación, no estaba aprobada por el Papa, y los votos, de cualquier modo que se hiciesen, no podían ser sino votos simples (1), y que así las que en ella profesasen no serían nunca propia y verdaderamente religiosas, lo que le parecía tanto más sensible, cuanto que éstas tendrían las obligaciones y cargas de la vida religiosa, sin tener ni el nombre, ni el mérito, ni la perfección, ni las indulgencias, y que los padres y las familias también tendrían muchos disgustos, porque si los votos eran simples, podría suceder que después de muchos años llegasen sus hijas á disgustarse, volver al mundo y aun contraer matrimonio, y este matrimonio sería válido, y entonces, ¡qué vergüenza y qué desgracia para la hija! ¡Qué sentimiento para los padres! Pero sobre todo, ¡qué semilla de pleitos y disgustos para las familias! El Ilmo. Sr. de Marquemont insistía

(1) Aquí se trata de los votos de pobreza, castidad y obediencia. Estos votos pueden ser de dos clases. Los unos llamados votos simples, son los que se hacen en particular, ó aunque sea en público, pero en una Congregación no aprobada por el Papa. El que habiendo hecho votos semejantes se casa, por ejemplo, comete un sacrilegio, pero su matrimonio es válido. Los votos solemnes son los que se hacen en una Orden religiosa aprobada por el Papa. Estos traen consigo, no sólo la ilicitud de los actos opuestos, como los votos simples, sino también su invalidez. El que ha hecho voto solemne de pobreza y castidad, no puede ni casarse ni heredar; su matrimonio es nulo, y la propiedad que hereda no le pertenece. La solemnidad del voto no depende, pues, de la voluntad del que hace el voto, ni de las ceremonias que le acompañan, sino únicamente de la voluntad de la Iglesia, y tiene por efecto esencial herir, no solamente con la ilicitud, sino también con la invalidez, todos los actos opuestos á los votos.



particularmente en este punto, alegando las costumbres de Francia y las leyes de los Parlamentos respecto á las sucesiones, y sobre todo, las repugnancias de los padres para dejar entrar á sus hijas en simples Congregaciones, y concluía, que para poner á las doncellas en un estado más perfecto, y á los monasterios y familias en seguridad, era menester hacer que la Congregación se erigiese en Orden formal, lo cual llevaba consigo la obligación de la perpetua clausura.

Convertida ya la Congregación en Orden religiosa, aplaudía la idea de que fuese un lugar de retiro para las personas de edad ó débiles, que no se sentían llamadas á los rigores de religiones (1) más estrechas. Pero no podía transigir con que entrasen en él personas viudas y ocupadas todavía en negocios temporales, que las obligasen á salir alguna vez para arreglarlos, porque además de que veía en esto una infracción formal de las leyes de la Iglesia, que exigen que las religiosas vivan en perpetua clausura, encontraba, en aquel siglo sobre todo, y en la Francia grandes inconvenientes; el mundo, escribía, se escandalizaría, los monasterios, á los cuales se quería restituir á su primitiva clausura, se considerarían autorizados con esto para persistir en su relajación; los protestantes que en todas partes rompieron las rejas y violaron la clausura de los conventos dirían que también nosotros la dejamos, y por último, sin ella tendrían las religiosas muchas distracciones. «Esto no es—añadía el Arzobispo, aludiendo á la Madre de Chantal y sus hijas—por encontrar algo que criticar en las que, asistidas por el espíritu de Dios y con la dirección de un angélico Prelado, han abierto felizmente este camino, haciéndole admirar por todos. Pero es menester mirar á lo porvenir, y pensar en el tiempo en que fal-

---

(1) Se llaman así en el estilo de la Iglesia, más conocido entonces que ahora, las Ordenes religiosas aprobadas solemnemente por el Papa.

tando esta dirección y entibiándose el fervor actual, quizá no caminasen las cosas tan derechamente.» Suprimiendo estas salidas y abandonando el cuidado de los enfermos, pedía el Cardenal que se cambiase el título de *Visitación*, que ya no tenía el significado que se le había dado, por el de *Presentación*.

Tal era la primera y más importante parte de la Memoria. En la segunda, el Cardenal, previendo el caso en que San Francisco de Sales quisiera absolutamente conservar á la Visitación la forma humilde de Congregación, pedía que las Hermanas no hiciesen más que el voto público de castidad, y no el de obediencia y pobreza; siendo muy dudoso que estos votos públicos y con solemnidad eclesiástica pudieran hacerse por la autoridad del Ordinario; «que al redactar las Reglas sería menester evitar el decir: «que los Obispos, según las necesidades, podrían hacer esto ó aquello», porque sería hacerse Papa y no Obispo; que las salidas para cosas temporales no se permitirían nunca sino en el tiempo de noviciado, el cual, con este fin, podría prolongarse cuatro ó cinco años, hasta que los negocios temporales se arreglasen del todo; que las novicias obligadas á salir no lo harían nunca con el hábito religioso, y que lo mejor sería no cambiar de vestido durante el noviciado.

En cuanto á las profesas, nunca podrían salir sino en el caso de absoluta necesidad, como para hacer una fundación.

El Ilmo. Sr. de Marquemont concluía diciendo que, si no podían ponerse de acuerdo, el Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra dispondría de su casa de Annecy como mejor le pareciese, y él de la suya como lo creyese conveniente; que sentiría grandísima pena al tener que llegar á este caso, pero que si se veía obligado á darles reglas separadas, tenía el ejemplo de los Obispos de Italia, que en la misma provincia de Milán no se habían



entendido, ni con su Arzobispo, ni unos con otros (1).

Tal era el conjunto de las razones sobre que se apoyaba el Cardenal de Marquemont, para pedir á San Francisco de Sales modificase completamente los planes de su instituto. Estas razones tienen en apariencia alguna solidez, pero en el fondo carecen de exactitud. La admirable institución de San Vicente de Paúl iba á dar muy pronto un brillante desengaño á todos los vanos temores expresados en esta Memoria, y probar hasta la evidencia que había mucho menos peligro del que decía el Emmo. Sr. de Marquemont, habiendo por el contrario, inmensas ventajas en establecer simples Congregaciones de mujeres sin clausura para encargarlas del ministerio público de la caridad. «En cuanto á los inconvenientes que debían resultar necesariamente—decía—de la emisión de votos simples, ¿qué hubiera pensado el Cardenal si le hubiese sido dado ver nacer en la serie de los años, además de las Hermanas de San Vicente de Paúl, los Hermanos de la Doctrina cristiana, las Hermanitas de los Pobres, los Sacerdotes del Oratorio y otras muchas Congregaciones que no hacen más que votos simples tres siglos hace, y que sin embargo embalsaman la Iglesia con tal perfume de virtud, que aun las mismas religiosas claustradas podrían envidiar? ¿Qué hubiera dicho sobre todo si, penetrando en lo porvenir, hubiera visto á las mismas religiosas claustradas, las Dominicas, las Carmelitas, las Claras, reducidas en Francia por la desgracia de los tiempos á no hacer más que votos simples, y no ofreciendo bajo esta forma á la Iglesia ni más embarazo ni menos virtudes?» Pero el carácter influye en las ideas, y las ideas en los actos. El Cardenal de Marquemont, aunque muy piadoso, pertenecía á esa clase de espíritus tímidos, que des-

(1) Archivos de Annecy, manuscrito en 4.º, intitulado *Memorias de Dionisio Marquemont, Arzobispo de Lyon, acerca de los inconvenientes de dejar la Visitación en forma de simple Congregación.*

echan todas las innovaciones, aun las mejores, por la sola razón de que son innovaciones; que creen que las cosas deben ser necesariamente hoy de tal modo, porque así lo eran ayer; que no comprenden que la Iglesia, inmutable en sus dogmas, no lo es en su disciplina; y que encerrados en la letra, en lugar de ser libres por el espíritu, dejarían á la Iglesia inmóvil, si Dios, que la formó para marchar al frente de las naciones, no la hubiese dotado de un movimiento dulce y vigoroso á la vez, que obliga á las naciones y á los individuos á seguirla, en lugar de precederla.

Apenas se enteró San Francisco de Sales de esta Memoria, cuando la envió á la Madre de Chantal, que había vuelto poco tiempo antes de Lyon, donde había dejado á la Madre Favre gobernando á la comunidad. La Santa, probablemente para estudiar mejor esta Memoria, sacó una copia de su mano. Las razones del Cardenal de Marquemont la hicieron muy poca fuerza. Más confiada en las luces de su bienaventurado Padre que en las de un Prelado que tan mal había salido en su fundación del Instituto de la Presentación, escribía carta sobre carta á San Francisco de Sales para rogarle estuviese firme en no cambiar en nada un plan ya probado por la experiencia, y tan visiblemente bendecido por Dios. Una de las cartas relativas á este negocio debe ser citada para conocer el tono firme y decidido de la Santa. «Mi muy amado Padre: acaban de decirme que mañana por la mañana sale un hombre para Lyon, y si os es posible, me alegraría escribieseis una palabrita al Ilmo. de Marquemont; pero bien dicha, porque me parece que este negocio es tan importante para esta casa, que merece no dejarse. Mi amado Padre dirá que siempre soy vehemente, y á la verdad que lo sería muy de veras en esto, si yo pudiese arreglarlo (1).»

(1) Archivos de Annecy. *Carta inédita de la Madre de Chantal.* Se tra-